

QUITO CASA ADENTRO

narrado por mujeres

María Cuvi Sánchez, editora

AUGUSTO BARRERA GUARDERAS
Alcalde Metropolitano de Quito

LUCÍA DURÁN SOLÍS
Secretaria de Cultura del Distrito Metropolitano de Quito

GUIDO DÍAZ NAVARRETE
Director Ejecutivo del Fondo de Salvamento del Patrimonio Cultural, FONSAL

Coordinación editorial: Alfonso Ortiz Crespo

Cuidado de la edición: Paquita Troya Fernández

Foto de portada e interiores: Christoph Hirtz
Retratos de estudio originales: J. di Donato, Foto López, Foto Pazmiño, Foto Salazar, R. Garzón, Joaquín M. Loo, Benjamín Rivadeneira, C. L. Rivadeneira, Carlos S. Rivadeneira, B. Rivadeneira e hijo Studio, M. Wenverow.

Fondo de Salvamento del Patrimonio Cultural, FONSAL
Venezuela 914 y Chile / Telfs.: (593 -2) 2 584-961 / 2 584-962
Comercialización: Verónica Ortiz
Calle Morales E9-25 (La Ronda) y Guayaquil
Telf.: (593 2) 2 282-263

Director de diseño: Rómulo Moya Peralta, TRAMA DISEÑO
Dirección de arte: Meliza de Naranjo, TRAMA DISEÑO

NOCIÓN IMPRENTA
Quito – Ecuador
Telfs.: (593-2) 2 334 2205

Número de ejemplares: 1000

© 2009 María Cuvi Sánchez
© De esta edición FONSAL

Primera edición

Impreso en el Ecuador, 2009

Alentamos la reproducción total o parcial de las ideas que constan en este libro siempre y cuando se cite la fuente.

Registro derecho de autor: 031304

ISBN: 978-9978-366-19-6

305.4
C988q

Cuvi Sánchez, María, editora

Quito casa adentro narrado por mujeres / María Cuvi Sánchez. Quito:

FONSAL, 2009.

372 p., ilus., fotos

Bibliografía: p. 342-343

Prólogo de Álvaro Alemán

ISBN: 978-9978-366-19-6

1. MUJERES – CONDICIONES SOCIALES. 2. QUITO – VIDA Y COSTUMBRES.

3. CULTURA. 4. ESTRUCTURA SOCIAL. 5. PATRIARCADO.

I. Ana Egas de Moreno. II. Rosario Mena de Barrera. III. Mireya Salgado de Fernández. IV. Carmen Sánchez de Jarrín. V. Alicia Troya de Kennedy. VI. Bertha Wray de Terán.

ÍNDICE

Prólogo	xi
Agradecimientos	xviii
Introducción	1
Mireya Salgado de Fernández: Me hubiera encantado ser médico	16
Rosario Mena de Barrera: Yo soy lampreadita	70
Ana Egas de Moreno: La buena cocinera se acomoda a todas las circunstancias	126
Bertha Wray de Terán: Me gustaba cazar, tenía muy buena puntería	174
Alicia Troya de Kennedy: Buena cocinera no soy, para disponer soy buenísima	234
Carmen Sánchez de Jarrín: Yo pinto con hilos	288
Inventos del siglo XX que facilitaron el trabajo del ama de casa	341
Bibliografía	342
El Fondo de Salvamento y su programa editorial	345



Yo pinto con hilos

Esta narración me enreda y desenreda, me ata y me desata porque es parte de mi propia narración. Mientras una misma familia, ese no se qué de la sangre, y una misma ciudad nos funde en una historia común, lo que nos distancia es el juego de circunstancias sociales, de esas contingencias que marcan a cada generación y a cada experiencia individual volviéndola única e irrepetible. En la mitad una narración emerge para cobrar su propio sentido, ese juego de semejanzas y diferencias que nos acercan y nos alejan.

Carmen Sánchez Caamaño de Jarrín, mi tía, vive con su marido en una casa grande de tres pisos rodeada de un hermoso jardín, que fue construida en 1978 en uno de los barrios residenciales del norte de Quito. Previa cita llegué a su casa en una soleada tarde para comenzar nuestras conversaciones. Nos sentamos donde siempre nos hemos sentado a conversar, en dos butaquitas antiguas de su espacioso dormitorio del tercer piso, lleno de luz, junto a la ventana, con el Pichincha como telón de fondo. Abajo se asoma parte del jardín. Su figura, menuda y pequeña, contrasta con estos grandes espacios por los que ella se desplaza ágil y sigilosamente. Pongo el volumen de la grabadora en la señal de máximo porque temo que su voz, baja y suave, no logre registrarse claramente, pido su autorización, acepta y prendo la máquina.

Una familia de patriarcas

—“Negrita” ¿cuál es el recuerdo más temprano y grato de su infancia?
“Negrita” es como la llamamos en la familia, ella no recuerda quién le puso

ese apodo que lo lleva desde niña. Supone que se debe a que su piel, sin ser morena, es algo más oscura que la del resto de sus hermanos y hermanas.

—La casa de San Marcos donde vivíamos toda la familia con los tíos solteros: el Tomasito, el Juanito, el Pepe. Era una casa muy grande, tanto que después funcionó allí el Colegio Alemán. Nací en esa casa el 9 de septiembre de 1922. Fuimos seis hermanos y cuatro hermanas, yo soy la sexta.

Hace un breve silencio, ella y yo sabemos que esta conversación es diferente a las que hemos mantenido desde hace muchos años, que esta vez saldrá a la luz pública. Venciendo su timidez y ese pudor propio de las mujeres de su generación, continúa.

—Yo pienso que a nosotros los tíos nos dieron mucho amor, mucha comprensión, nos cuidaron y protegieron. Me acuerdo del tío Pepe (Caa-maño) que se ponía el poncho y nos paseaba por los corredores de esas casas enormes que tenían galería, nos paseaba hasta que nos dormíamos. El tío Tomasito y el tío Juan, los dos hermanos que tuvo papá Rafael María (Sánchez), siempre vivieron con nosotros. Por eso la mamá Elisita decía: "No me casé con uno sino con tres". Decía que siendo guagua de 17 años se había casado con un señor de 40 años.

—Yo recuerdo haberle oído muchas veces decir que se había casado con tres viejos, eso fue todo lo que le escuché decir de papabuelito, —añado. En cambio ella siempre expresaba el gran amor que sentía por sus hijas e hijos.

—La mamá Elisita se casó muy joven, no sé si por amor, por conveniencia o porque alguien le empujó. Eso no se sabe, —agrega y calla.

A la narración le cuesta despegar. Intervengo para empujarla haciendo un contrapunto.

—Uno de los recuerdos más gratos y tempranos de mi infancia es el de papabuelito sentado en la mecedora vienesa de su dormitorio y yo sentada en su regazo. Me leía cuentos y me enseñaba a recitar. ¿Recuerda usted cuando se separaron de cuarto?

—No, pero ellos no se llevaban bien.

Se hace otro silencio. Espero sintiendo que está hurgando en los recuerdos para construir su propia memoria. Y en efecto así es.

—Cuando era muy niña recuerdo que fuimos a Latacunga donde papá Rafael María fue nombrado director de Estancos. Vivimos en Latacunga todos, la mamá Elisita era una persona gorda, gruesa, que no lo fue después

cuando viejita. Nos daban la leche recién ordeñada con galletas. Antes habían vivido en Guaranda, papá Rafael María fue gobernador, de eso no me acuerdo, eso me contaron. Antes de Latacunga vivimos en Riobamba, me acuerdo solo de un aroma, de eso que no sabes qué es... pero te gusta.

En esta reelaboración de su experiencia de la que soy parte, vuelvo sobre el recuerdo de mi abuelo.

—En el dormitorio de papabuelito había una biblioteca alta con puertas de vidrio, llena de esos libros antiguos, grandes, de pastas gruesas doradas mezcladas con negro y rojo; en mi memoria aparecen ahora como trozos sacados de los altares y púlpitos de San Francisco y la Compañía. Luego me contaron que tuvo una edición antigua de *El Quijote*. También había una cama alta con varillas de metal dorado. Sobre la cabecera estaba mi foto, sujeta a la pared con un alfiler que atravesaba un ají seco. En esa época, fines de los años 40 del siglo pasado, entiendo que ya no trabajaba. ¿Cuál fue el último trabajo que tuvo?

—Fuiste su nieta preferida. Su último trabajo fue en la Contraloría, después se quedó en la casa, pero salía todos los días a conversar en la Plaza de la Independencia. Murió a los 82 años. Él fue una persona muy recta, fue muy limpio, muy claro en sus cosas, no podía callar nada. Le encantaba la murmuración, que hacen esto, lo otro, que aquí, que los negociados, hablaba contra la corrupción. Entonces la gente le hacía a un lado. Papá Rafael María contaba, de esto sí me acuerdo, que Alfaro le llamó y le dijo: "Rafael María qué cargo quieres, si quieres un cargo diplomático yo te doy". Contaba que le ofreció el consulado general en Hamburgo. Y él le decía: "Yo no he luchado por nada de eso, yo luché por un ideal". Debe haber estado muy metido en la revolución liberal para que Alfaro tuviera un trato tan cercano con él.

—Las casas eran enormes porque vivíamos con los parientes, toda la gente en esa época vivía así, éramos un batallón, la familia eran los tíos Sánchez y las tías y las primas del lado materno, no conocí ni abuelos ni abuelas. Del tío Pepe Caamaño me acuerdo que luchó en la Guerra de los Cuatro Días, él era conservador, era muy radical en sus ideas. Nosotros le escondimos en un hueco donde hacían adobes y le tapamos con pajas porque le quisieron fusilar. El tío Juanito oía ópera todas las mañanas de los domingos por la radio: *Aída*, *Carmen la habanera*, sentado en un sillón de la sala, nosotros no podíamos hacer bulla mientras estaba oyendo. Él, todos los años, nos llevaba de paseo a mi hermana Gulnara y a mí a Otavalo,

a Ibarra, pasábamos tres cuatro días en un hotel. Los tíos fueron muy generosos con nosotras, nos trataban como papás y nosotras les respetábamos como papás. Las casas tenían patio al medio y cuartos alrededor, todos los cuartos de arriba estaban ocupados por la familia y se arrendaban los cuartos de abajo. Éramos de esas familias tradicionales.

Casas y juegos de infancia

—La casa de San Marcos era alquilada. La primera casa propia que tuvimos fue la de la Av. Colombia y Tarqui donde naciste, donde nacieron mis hijos mayores.²¹ De San Marcos nos pasamos a la casa de los Vaca Laso en la Junín. Era una gran casa, como eran antes, tenía una terraza grande donde jugábamos al circo. Abajo había cuartos que alquilaban a una familia conocida. También había un patio con un galpón donde había un motor de auto. Papá Rafael María decía que fue del primer *Ford* que él tuvo, nos montábamos en el motor y jugábamos a manejar. Cuando vivíamos en la casa de la Junín tengo tan presente una historia que contaba la mami, la de una señora que entiendo era de una familia adinerada y que vivía por la Guayaquil. Después, cuando grande, comprendí que nos contaba esa historia para decirnos cómo debían ser las mujeres. "Verán, decía, yo siempre me acuerdo del señor tal y su señora, ella era tan fregona, le molestaba tanto al marido hasta que él se cansó, un día cogió el abrigo se puso el sombrero salió de la casa y no volvió nunca más, se acabó el matrimonio. Eso sí, él mandó a educar al extranjero a los tres hijos que tuvo con esta señora".

—A la casa siempre llegaban visitas y había invitados. Me acuerdo que en la Junín había una sala grande donde estaba el juego de muebles franceses Luis XV, y una victrola RCA Víctor que tocaban en los bailes. Cuando había fiestas nosotros espiábamos, una vez el papá Rafael María

²¹ Según el arquitecto Gonzalo Checa, Jefe de obras del FONSAL, la casa pertenece al Patrimonio Edificado de Quito bajo inventario selectivo fuera del área central de la ciudad antigua. No se ha podido encontrar más información en los archivos. Presumiblemente fue edificada en la década de 1930 bajo planificación del arquitecto francés Flachier y del arquitecto quiteño Manuel Tomás Sánchez Proaño. Responde a un estilo netamente republicano imperante en la ciudad de Quito desde los años 20 del siglo XX hasta fines de los cincuenta. Conversación mantenida en mayo de 2008.

le sacó el abrigo a una de las invitadas y cuando trató de sacarle el sombrero ella lo sostenía y en el forcejo se cayó la peluca de la señora ¡Figúrate que chasco!

Cuando aparece mi abuelo en escena no puedo evitar la tentación de repreguntar

—¿Recuerda haber jugado con papabuelito cuando usted era niña?

—No. De ti el sí se preocupó, te llevaba de paseo a El Ejido, te entretenía... Lo que sí es que nos dejaban hacer horrores dentro de la casa, hacíamos caballo de las mecedoras vienesas. ¡Dime! Las arrastrábamos por los corredores de la casa, sacábamos las sillas del juego de comedor al corredor, cogíamos mantas y hacíamos casa. Jugábamos en la terraza con los primos, mi hermana Aída se disfrazaba de reina, se cruzaba un chal por delante, se ponía encima de uno de los primos y le decía: "Camina, camina". Nos dejaban hacer todo eso porque no salíamos nunca de la casa. No se nos hubiera ocurrido decir: "No voy a venir, me voy a quedar a dormir donde una amiguita", como hacen las chicas de ahora. Jugábamos con los hermanos, las hermanas, los primos, las primas, éramos un gentío. Los hombres jugaban fútbol. Verás como vivíamos en esa época. Cuando la mami se separó de papá Rafael María y se fue a vivir sola a la quinta de la Murgeon, como quedaba lejos de Los Corazones, me mandaron a vivir donde una prima de la mami que tenía una gran casa en la calle Guayaquil y Galápagos. En un mismo cuarto grande dormíamos todas, estaba la cama matrimonial, la de la prima y a mí me ponían una camita plegable, ¡Figúrate! Y no es que faltara espacio porque la casa era enorme, llena de salones con muebles franceses, había un cuarto solo para el piano, el comedor era enorme, pero había poco espacio para dormitorios. Nos bañábamos con jarro y agua calentada al sol en paila.

Los Corazones y el 24 de Mayo

Como aparece el Colegio Los Corazones aprovecho para preguntarle cuál fue la primera escuela a la que asistió, ya que sé de antemano que se graduó en el Colegio 24 de Mayo. ¡Y oh sorpresa! me enteró de algo nuevo.

—No íbamos a la escuela, nos ponían profesora en la casa, la señorita Ofelia Morales nos daba clases todos los días. No sé por qué no íbamos a la escuela. Después sí fuimos a Los Corazones. Íbamos caminando desde la

casa de la Junín hasta el colegio con la Gulnara y la Aída. Tengo un recuerdo muy vivo que te quiero contar. Cuando salía del Colegio, camino a casa, pasaba siempre por el almacén de los Román, era cerca de la Navidad, había en ese almacén dos gemelos, dos muñecos, yo deseaba todos los días que me dieran esos muñecos. Antes en las Navidades nos daban un solo regalo, no tanta cosa como ahora. Lo que sí nos daban también era caramelos finos y almendras. El tío Tomasito iba a comprarlos en una bodega grande del señor de la Torre, él era uno de los que traía finos dulces alemanes y franceses. El tío llenaba unas bolsas con chocolates, galletas y confites finos, les amarraba con una cinta y nos daban en Navidad junto con un juguete y una ropa. En esa Navidad estuve muy contenta porque me dieron los dos muñecos.

—Me gradué en el Colegio 24 de Mayo y obtuve título, no recuerdo de qué. Me gustaban todas las materias menos matemáticas, no era buena para los números, para las otras materias sí. Ahí era mucho más completa la educación que en Los Corazones. Teníamos al señor Salguero que nos enseñaba a cortar y pulir la madera, a hacer cuadros, usábamos el serrucho, el taladro, la sierra, después pegábamos las maderas, eso me gustaba mucho. Nos enseñaban a poner los vidrios, a sacar los vidrios, nos enseñaban electricidad, daban clases de cocina, nos enseñaban a amasar el pan, a preparar platos, es decir todas las cosas de casa. La profesora de costura nos enseñaba a cortar, a coser a máquina, a bordar. Entonces una sabía de todo. El Jorge Fernández (su cuñado) fue mi profesor de literatura, fuimos con el coro del Colegio a Guayaquil, esa fue la primera vez que fui a la costa.

“Lo que se hereda no se hurta”

—La mamá Elisita se hacía cargo de la casa, de ordenar, de tenerla limpia. Entraba a la cocina pero muy, muy de la cocina no era. Más le gustaba limpiar, poner las flores, recuerdo que siempre había claveles e ilusiones sobre los bules del hall de entrada, tu te has de acordar, ahí había dos floreros altos de plata donde nunca faltaron flores mientras ella manejó la casa. Había cocinera y muchacha, porque, figúrate, no había máquina lavavropa, toda la ropa se lavaba a mano, se planchaba. Las casas eran enormes,

con corredores enormes, se cocinaba con carbón. Cuando era niña recuerdo que un tiempo vivió con nosotros una prima pobre de la mami, se llamaba Matilde, le ayudaba a hacer las cosas de la casa, mi hermano Hugo le decía la "Matishuli." Compraban todos los días porque no había refrigeradora. La mamá Elisita le llamaba a la cocinera la noche anterior, antes de que se fuera a su casa, la cocinera era puertas afuera, y le decía: "Mañana vamos a hacer sancocho, entonces compra choclos, zanahoria, cebollas y así..., para el segundo tal cosa y tal otra". Al día siguiente la cocinera venía cargando un canasto grande con todas las compras hechas en el mercado, me imagino que el que quedaba cerca de donde ella vivía. En ese tiempo las señoras no iban al mercado sino las empleadas.

—Cuando había invitados la mami dirigía, pero ella meterse a la cocina, no, no le gustaba la cocina. A la mami le encantaba coser, nos hacía todita la ropa, nunca aprendió ni corte ni confección, en ese tiempo no había patronos, y ella nos hacía todos los vestidos: cortaba, pegaba la manga, nos probaba; toda la ropa hacía ella porque antes nada se compraba. Era muy hábil, tejía, bordaba, cocía. De ella aprendí, de ella heredé mi afición por el bordado, la costura, el tejido.

—La recuerdo sentada en el sillón de la salita junto a su dormitorio, "crochet" en mano tejiendo tapetes redondos y enormes colchas de hilo.

—comento agregando lo mío a su narración.

—Ella hacía pedidos a Francia para vender y ayudar económicamente a la familia, traía porcelanas de *Limoges*, todavía conservo dos pomitos de colores para meter al fuego, tenían florcitas celestes, traía juegos de tocador que eran un sueño, para colonias, polvos de la cara, llegaba ropa, todavía recuerdo el lindo abrigo color *burdeus* con cuellito de piel que tuve cuando niña, llegaban las boinas escocesas con echarpe y borla. Como ella no salía de la casa, iban la Aída y la Gulnara a la aduana a sacar los pedidos.

—La mamá Elisita era muy medida, muy ordenada en los gastos y los tíos aportaban con dinero a la economía de la casa, todos se unieron y todos trabajaban, por eso en nuestra familia no pasábamos necesidades pero tampoco teníamos mucho dinero. Papá Rafael María era tan idealista, a él no le interesaba mucho los asuntos económicos, probablemente los valores de él eran otros.

La muerte del primogénito

—A ustedes les escuchaba que desde la muerte de su primer hijo, mamabuelita se encerró en la casa y se vistió de grises y negros— agrego a su último comentario, pues se me viene a la mente esa sombría imagen que guardo de mi abuela y de su dormitorio lleno de fotos de sus hijos e hijas muertos, lo que la familia llamaba “la galería de los muertos”.

—Cuando murió mi hermano mayor, el Hugo, fue espantoso. Ella puso una tela delgada, negra en todos los focos de la sala. Él murió joven, era universitario, era escritor, junto con un grupo de amigos poetas fundaron la revista *Elan*. Murió de meningitis, en esa época no había nada para curarla. La mami tuvo golpes muy duros, enterró a cuatro hijos y a dos hijas, la última poco después de nacer, dos hijos murieron de difteria siendo niños pequeños en una epidemia que hubo en Quito, yo no nacía aún. A la última que enterró fue a tu mamá, pero de su muerte no se dio mucha cuenta pues ya estaba con arterioesclerosis. Después de la muerte del Huguito alquilaban coche con caballos para ir a la iglesia. Nos íbamos a la misa de La Compañía en coche.

—¿Y qué decía papabuelito, un liberal de cepa, ante estas prácticas familiares católicas? —le pregunto, ya no sorprendida porque escuchando las narraciones de las otras señoras aprendí que esa pugna fue parte de la convivencia familiar casa adentro, “el lampreado” del que sabiamente habla doña Rosario Mena de Barrera en su narración. Y, en efecto, así fue.

—Papá Rafael María dejaba que hagan pero no iba a misa.

La paulatina marcha hacia el Norte de Quito

—Después de la Junín fuimos a vivir a una casa grande en la Oriente y los Ríos, que quedaba cerca de la iglesia de la Tola donde la mami iba a misa todos los días. En el patio principal de esa casa, que era bien grande, había un arbolito de frutos redondos y rojos que me encantaba. Muchos años después sembré uno igual en este jardín, creció, floreció y dio frutos, yo estaba muy contenta pero los mirlos le picotearon hasta que se enfermó y tuve que sacarlo, muerta de pena. Cerca de esa casa vivían las Dueñas, todas íbamos caminando al 24 de Mayo, yo conocí al papá, a la mamá, desde entonces somos amigas. Después nos fuimos a vivir a la casa de la Colombia

que construyeron los tres hermanos, papá Rafael María, el Tomasito y el Juanito, con préstamo de la Caja de Pensiones. Papá Rafael María y el Tomasito se llevaban muy bien, todas las noches, después de la comida, se paseaban conversando por el hall grandote de la casa de la Colombia de una puerta a otra puerta, no sé de qué hablarían tanto. La mami no quería ir a vivir a la Colombia porque decía que era lejísimos de la iglesia de la Tola.

—Pero la iglesia del Belén quedaba a pocas cuadras de la casa —comento.

—Al Belén no fue nunca. Después iba al Girón.

Un noviazgo festivo

—Cuando salió del colegio a qué se dedicó, —le pregunto.

—A la casa. En la casa hacíamos de todo, la mamá Elisita nos ponía a barrer, a coser, a pegar botones, no había ni aspiradoras ni brilladoras, todo se hacía a mano. Lo que no hacía era ayudar en la cocina porque no me ha gustado la cocina. Ya estaba saliendo con el Hugo, íbamos al cine pero nunca sola, íbamos con la Gulnara, los tres. A las fiestas también me mandaban con alguien, con un hermano o el hermano de una amiga que nos iban a sacar de las casas y a dejar después de las fiestas. Había fiestas en el (colegio) Mejía y en las casas para celebrar los cumpleaños. Alguien recordaba el otro día la lindura de las fiestas que hacíamos en nuestra casa, eran una maravilla, la Gulnara bailaba el español, la Aída bailaba de todo. Estuve de novia con Hugo unos tres años y después nos casamos.

—Todos los años mientras estuve soltera íbamos de vacaciones a Conocoto. Cuando se acercaba el verano los tíos iban a elegir y alquilar la casa y nosotras nos hacíamos vestidos de verano, comprábamos zapatos especiales, malla de baño. Figúrate el gasto que habrá sido para los papás, porque tenían que darnos ropa a toditos. El tío Juan y el tío Tomasito se quedaban trabajando en Quito, en la Caja de Pensiones y en la Universidad Central, iban los fines de semana. Éramos un gentío, una jorga enorme. En la mañana el programa era ir a la Moya, que era un charco de agua fría, donde nos bañábamos y nadábamos. Todo hacíamos a pie. Al medio día subíamos a almorzar en Conocoto y en la tarde paseábamos, nos íbamos a distintos lugares, por ejemplo a San Rafael a comer los bizcochos y las tortillas de viento. Todos estábamos solteros, solo la Aída tenía los dos guaguas que

eran chiquitos. En la noche íbamos a bailar a la casa del pueblo, ahí bailábamos hasta qué horas serían, con linternas porque no había luz, jugábamos a los "marros", pasábamos lindo, ahí eran los amoríos, el Hugo en ese tiempo trabajaba en la planta eléctrica, de ahí subía a Conocoto a verme.

Mientras cuenta de estas vacaciones su mirada se llena de luz, se despeja su timidez, sonrío, me transmite la alegría que ella revive con este recuerdo, nombra a varias personas de la jorga.

—¿Y cómo tocaban la música si no había luz? —digo y enseguida me doy cuenta de que esa pregunta tan técnica, tan funcional sobra en ese instante de la rememoración, en esa atmósfera plácida, cargadas de vivencias. De allí su respuesta.

—Cómo sería, no me acuerdo.

Jardines y animales

—En la Colombia, el Tomasito hizo un jardín con senderos de piedra y jardineras, había buganvillas, taxos, frutales, sembró muchas rosas que él mismo injertaba, eran una belleza, tenía unas rosadas con pintitas *burdeos*, unas amarillas, una blanca, blanca que parecía nieve. Cuando la Aída volvió de la misión diplomática en Chile y se instaló a vivir en el piso de abajo de la casa, sacó todas las rosas, levantó los senderos, sembró césped... Las rosas murieron, no resistieron el trasplante, eran demasiado viejas.

—Intentó hacer un pequeño Versalles, —comento rastreando en mi memoria el antiguo jardín lleno de rosales, geranios, buganvillas, cuyo recuerdo aún conservo, porque allí jugábamos, y el otro versallesco que no podíamos pisar.

—En la casa de la Colombia el Tomasito tenía gallinero, nunca se robaban las gallinas y eso que el gallinero quedaba hacia la calle, ahí teníamos huevos y gallinas. Él nos pedía que le ayudemos a curar a las gallinas de ese callo que les sale en la lengua. "La gallina está con pepa" decía el tío: "Haber, cógele a la gallina". Nosotros sosteníamos la gallina y él le jalaba la lengua y le raspaba hasta que salía un callito, después le ponía limón. De él heredé el gusto por las plantas y los animales, gozo cuando veo que una planta ha florecido, agradezco a la vida, "que suerte" digo.

Me lleva a la terraza junto a su dormitorio. "Ven a que veas un espino que era de él, le cuido porque me recuerda al tío. ¡Cuántos años tendrá ya!"

Desde la terraza me muestra una parte de su jardín lleno de orquídeas florecidas, amarillas y moradas, me cuenta que el taxo florece pero no quiere dar frutos, admiro su hermoso jacarandá que da sombra a las orquídeas, un manzano joven plantado hace pocos meses, las hierbas aromáticas, menta, orégano y trinitaria, una hierba digestiva que sólo he tomado en su casa.

El pan hecho en casa

Con la pregunta de rigor ¿Amasaban pan en la casa de sus papás? aparece el tío Tomasito de cuerpo entero. Su recuerdo, luego comprendí, fue el que silenciosamente me impulsó a realizar la investigación sobre el pan y la comida, sin gustarme la cocina ni saber cocinar. Comprendí que fueron los afectos y el paladar que cultivaron en mi infancia los que han dado sentido a este trabajo.

—Compraban el pan en la tienda, en las panaderías del barrio, a veces en La Vienesita que quedaba en la Flores. También el tío Tomasito hacía un pan que era una maravilla, nos llamaba a que le ayudemos a golpear la masa, decía que mientras más se golpeaba más crecía, luego la dejaba leudar en una batea cerca del calor, del fuego de la cocina de leña. Él contaba que aprendió a preparar pan, cuando era niño, en una panadería al frente de su casa, decía que allí aprendió a hacer los caracoles, unos pasteles de hojaldre rellenos con dulce hecho con maicena, que allí aprendió a hacer quesadillas, aplanchados. Como le gustaba siguió practicando y practicando hasta llegar a ser el gran pastelero que fue. Él repasaba las recetas nuevas hasta que le salieran bien. Todos los domingos entraba a la cocina, hacía algo especial y nos invitaba a almorzar. Algunos pasteles preparaba solo en ocasiones especiales, por ejemplo en los cumpleaños. En las Navidades hacía los buñuelos, en Finados las guaguas de pan, que se comían con la colada morada, nos daba a cada uno un pedacito de masa para que hiciéramos la guagua. En la casa de San Marcos había uno de esos hornos grandes de barro donde se horneaba el pan. En Navidad *chumaban* el pavo con una copa de trago, antes de cortarle el pescuezo, nos llamaban a los chicos para corretear al pavo por la terraza de la Colombia, eso era lindo, jugábamos, nos decían que así el pavo no iba a sentir.

Bastó este primer estímulo para que las imágenes de mi infancia se sucedan una tras de otra en mi mente, rápida y nítidamente, como si se tratara de una película.

—El compraba parte de los víveres de la casa, todo lo que no fueran legumbres ni frutas, —agrego. Preparaba los platos finos y sofisticados, preparaba los biberones de los más chicos, nos atendía cuando estábamos enfermas. Recuerdo que cuando me daban esas horribles toses siendo niña, él me cantaba y me cuidaba. Recuerdo que en una de las terrazas de la casa tenía muchas macetas con una gran variedad de geranios antiguos, de esos que ahora ya no se ven. Las iglesias del centro de Quito, El Sagrario, La Compañía, las conocí de su mano, con él recuerdo haber ido a comprar donde "Reinoso & García" en el centro, creo que en las calles Esmeraldas y Flores, la mantequilla, la harina, el queso. Él decía que allí todo era bueno.

Mis recuerdos y los de ella se van sucediendo y acoplando. Ella continúa.

—Hacía aplanchados y *vol-au vient* de masa de hojaldre. Recuerdo que amasaba el hojaldre en un tablero de madera exclusivamente hecho para estos menesteres, que colocaba sobre la mesa del comedor y con sus bolillos especiales, también de madera, extendía la masa, le quedaba tan igual, tan regular, en cada vuelta la doblaba como si fuera tela, en varias capas, señalaba con la yema del dedo el número de vuelta y la dejaba reposar: primera, segunda, hasta que completaba la séptima. Cada vez la masa era más y más delgada, después la cortaba con los moldes especiales de metal. Preparaba el relleno de carne de los *vol-au-vient*, preparaba la telita que ponía sobre los aplanchados mezclando clara de huevo con azúcar impalpable. Era un hojaldre finísimo. Siempre nos decía: "Carishinas que no aprenden, ninguna sabe hacer el hojaldre." Ninguna aprendió porque ¡figúrate! sentarte a mirar y esperar que complete las siete vueltas toditica la mañana. También preparaba humitas y otros platos de sal, hacía un pollo riquísimo, a los quimbolitos les agregaba una copa de "puntas"; en varias recetas que él preparaba usaba las "puntas". Cuando la Aída hacía los té y los juegos de samba, él preparaba los bocaditos, lo mismo que para los cócteles, gozaba preparando.

—¿El Tomasito decoraba pasteles? —le pregunto recordando los frasquitos con anilina de colores que guardaba en su armario y que usaba para pintar las masitas que poníamos en las caras de las guaguas de pan: los ojos, la nariz, la boca.

—No, no decoraba pasteles, yo sí decoraba y me gustaba. Antes había que hacer todo porque no se conseguía nada. Para las fiestas de cumpleaños

de los chicos yo hacía los gorros, la piñata de papel crepé, el pastel, las galletas, las fundas para los caramelos.

—El Tomasito fue un hombre especial para su época —opino mientras pienso en este trastrocamiento de los roles de género que fue tan natural y bien visto en la familia y aprovecho para contarle algo que talvez no sepa y que vuelve más excepcional aún su afición por la pastelería. Le cuento Negrita que yo tengo su título de Arquitecto por la Universidad Central del Ecuador, él se graduó en 1916, todavía recuerdo haber ido con él a la universidad cuando era profesor, antes de que se jubilara.

—Después se dedicó a hacer trabajos de ingeniería, viajaba por toda la sierra, —agrega tocando la otra faceta de este tío tan querido. Cuando regresaba de sus viajes traía allullas, quesos, huevos de campo.

En nuestra narración el pan hecho en casa es un pan amasado con afectos, es el legado del tierno arquitecto-pastelero de la familia: el tío Tomasito.

Ama de casa impecable y prudente esposa

—El Hugo quiso que fuéramos a vivir en la casa de su familia con sus tres hermanas solteras, en la calle Bolivia, era una casa grande pero yo no quise. Entonces primero vivimos en una casita alquilada a media cuadra de la casa de la Colombia, hasta que Hugo se fue un año a estudiar su posgrado en Estados Unidos. Para entonces ya había nacido mi primer hijo. Me quedé en la casa de la mamá Elisita y cuando Hugo regresó fuimos a vivir al departamento de abajo, de la casa de la Colombia. Enseguida les compramos a los tíos y a papá Rafael María un pedazo del terreno al lado de esa casa donde construimos la nuestra con préstamo del Seguro Social.

Mientras rememora una historia que conozco parcialmente pienso que de las tres hijas, ella es la que estuvo siempre más pegada a su mamá, a la casa paterna, a esa familia extensa y patriarcal que fueron los Sánchez Caamaño. Porque la mayor, mi tía Aidita, casada con diplomático, iba y venía del extranjero, mientras que la segunda, mi mamá, pocos años después de casada, cuando yo tenía cuatro años, nos trasladamos a vivir a Manta, y allí vivió hasta su muerte en 1969. Curiosa de conocer si fue la cercanía de su madre la que influyó en su forma de vida, más austera, más humilde que la de sus dos hermanas, pregunto:

—¿Cómo organizó el funcionamiento de su casa?

—Seguía lo que había aprendido de la mami, que así se plancha, que así se limpia. Las compras se hacían todos los días, como antes, hasta que hubo refrigeradora. Desde que hubo refrigeradora he ido siempre a la feria cada semana, toda la vida, hasta hace poco. Iba primero a la Vicentina y después a la Floresta, los viernes. Al principio iba con el chofer de Hugo hasta que tuve mi propio auto. Solo hace poco dejé de manejar y eso me da pena. Iba a comprar ciertas cosas a La Favorita, que comenzó a funcionar primero en el centro en una bodega chica por la Roca fuerte donde trabajaban los papás de los Wright. Después pusieron el supermercado en la Amazonas. Pero legumbres y frutas siempre he comprado en la feria, me gusta porque me dejan tocar los choclos, la fruta, tengo una casera desde hace años.

—Cuénteme de las empleadas domésticas.

—Desde que nos fuimos a vivir a nuestra casa tuve tres empleadas, la Victoria que fue la cocinera que estuvo conmigo hasta que me fui a vivir al exterior, la muchacha de mano que era puertas adentro, limpiaba y arreglaba la casa, y la lavandera, la Rosario que venía todos los días a lavar la ropa, porque había un montón de pañales. Como no había lavarropa ni secadora se lavaba todas las mañanas y se colgaba en los cordeles para que la ropa se secara con el sol mañanero. Casi siempre llovía al medio día. La Rosario también trabajó conmigo hasta que nos fuimos al Paraguay. ¡Pobre Rosario!, cuando fue a despedirnos al aeropuerto lloraba y lloraba inconsolablemente y gritaba, armó un escándalo.

Le comento que recuerdo bien ese temperamento exaltado de la Rosario, ya que luego de que se fueron ella quedó de lavandera en la casa de mamabuelita.

—Comíamos mucho chanco, todas las sopas,—el morocho, el ají de carne, el arroz de cebada—, se preparaban con costilla de chanco, comíamos chuletas de chanco, lomo de chanco al horno, todo se preparaba con manteca de chanco que se compraba por libras en el mercado, los aceites llegaron después. Ahora compro solo aceite de oliva extra virgen.

Durante el día pasaba muy ocupada organizando las tareas de la casa, la jardinería me encanta, sembrar las plantas, cuidar las plantas, hasta ahora hago jardinería. También salía con mis amigas o ellas venían a visitarme. Me iba con la mamá Elisita donde las primas. Como el Hugo trabajaba en el municipio, tenía la camioneta con chofer que nos llevaba

y nos traía. Al cine íbamos poco, a fiestas rara vez. Cuando invitábamos a la casa yo disponía la comida, hacía las compras y entraba a vigilar lo qué hacía la Victoria. Tejía y cosía toda la ropa a los chicos, cortaba con patrones los pantalones, las camisas. Todo se hacía en la casa. En mi tiempo la mujer se encargaba de criar a los chicos, de que la casa estuviera ordenada, limpia, la ropa planchada, cosida, que no faltara ni un botón, como ha sido siempre. El hombre traía la plata, se ocupaba de lo económico. Hugo me ha pasado una renta mensual que me tiene que alcanzar, así es hasta ahora. Antes nos casábamos para toda la vida. Yo oí desde que estaba en pañales: "El matrimonio es para toda la vida". Por eso cuando estaba con iras y tenía ganas de gritar me contenía y decía: "Para que voy a gritar, a reclamar si no me voy a ir, para qué chilló si voy a tener que quedarme, mejor me callaré".

—Impresionada con lo que escucho, con esa tolerancia, con esa prudencia que me son ajenas, con algo indescifrable que percibo en su mirada, pregunto en busca de sentidos —¿Por qué pensaba que no se podía ir?

—¿Dónde me iba a ir, —me responde. Ahora las chicas ganan su propia plata y pueden irse donde quiera, claro que son decisiones que ... porque a la final qué es lo que queda de no haberse ido: una vejez tranquila, económicamente segura, con alguien que la ampare. ¿Y a las chicas de ahora qué les espera. Cuesta callarse, cuesta aceptar porque no es una cosa fácil, pero al final creo que valió la pena, porque si yo hubiera armado la bronca, hubiera recibido ofensas y hubiera ofendido.

Se produce un denso silencio.

—Nuestro mayor problema era el económico, el Hugo no ganaba mucho, teníamos cinco hijos, sólo una fue mujer, los dos mayores estaban terminando el colegio y yo no trabajaba porque en esos tiempos las mujeres casadas no trabajábamos. Empecé a hacer ropa de muñecas para vender en La Favorita, que pagaban cuando querían, compraba las telas colombianas que traían las "cachineras" y vendían baratísimas en la calle Ipiales.

La vida en el extranjero

—Un compañero y amigo de Hugo que trabajaba en la OMS (Organización Mundial de la Salud) vino de vacaciones al Ecuador. Les invitamos a comer a él y su mujer y ahí fue cuando le convenció a Hugo de que trabajara en la OMS. Él le dijo: “La vida afuera es diferente, tienes un buen sueldo, puedes educar mejor a los chicos, ahorrar”. Propuso su nombre en la OMS y le contrataron. Salimos a Paraguay.

—Así no más, de la noche a la mañana.

—Sí. No te puedes imaginar lo que fue viajar con los cinco chicos. Cuando llegamos a Asunción vi desde el avión una tierra roja, muy roja y me dije: “¡Dónde vinimos!” Porque la tierra allá es seca, árida, además de que era un país atrasadísimo, muchas cosas como el café, el papel higiénico teníamos que salir a comprar en la frontera con Argentina, había mucha influencia coreana, ellos llevaban las frutas y legumbres. Yo extrañaba mucho a la mamá Elisita, a la casa, a la familia. Me hice amiga de las vecinas, nos reuníamos a jugar cartas, los paraguayos son gente muy simpática, muy amable, íbamos a las reuniones en la Embajada del Ecuador, los chicos iban a un muy buen colegio, estaban bien, hicieron amigos que conservan hasta ahora. En Quito ya manejaba, tenía mi auto y apenas llegué a Asunción seguí manejando. Eso me ayudó a hacer amigas, porque les llevaba a donde necesitaban ir, llevaba a sus guaguas. Me gustaba manejar porque podía ir donde me daba la gana, ahora dependo de que Hugo me mande al chófer.

—¿Y cómo se las arregló con las invitaciones, a usted que no le gusta mucho cocinar?

—Tuve una buena cocinera. Como sé apenas cocinar, porque cuando a una no le gusta no pone empeño, sabía hacer uno que otro plato de sal, pero cosas más sofisticadas, no, entonces yo hacía el postre y la cocinera hacía lo de sal. El primer lavarropa tuve en Paraguay.

—De repente recuerdo cuando fui de visita a San Juan, Argentina, allá por 1967, y le digo —pero en Argentina no tenía servicio doméstico.

—A nadie, a nadie, a nadie, ahí tuve que hacer todo. Cuando salía a barrer la vereda conversaba de paso con mi vecina, fuimos muy buenas amigas, ella me pregunta y yo le pregunto, todos los días nos preguntábamos: “¿Qué vas a hacer de comida?” Usaba muchas latas, como podía importar sin impuestos traía sopas de tarro. Hugo cambió un poco

con la experiencia de Argentina, ayudaba a secar los platos mientras yo lavaba, levantaba la colcha de la cama, pasaba el "lampazo" en el piso, los pisos eran de baldosa, una que otra cosa de la casa sí tuvo que aprender a hacer. Después fuimos a República Dominicana, vivimos afuera siete años y fue un cambio radical para mí. Siempre añoré a la mami, a la familia.

El retorno

—Cuando volvimos, a fines de los años sesenta, el Quito que dejé había cambiado muy poco. No recuerdo haber sentido que algo en especial me hubiera impactado. Lo que sí me impactó fue la actitud de la mamá Elisita mientras estuvimos alojados en su casa. Los siete llegamos a la casa de la Colombia a quedarnos mientras arreglábamos la nuestra. Le notaba cansada, obstinada, fastidiada, como que todo el tiempo estuviera diciendo: "No les aguanto más". Eso me resintió, no podía entender cómo podía comportarse tan hoscamente conmigo y con sus nietos que volvían al cabo de años. Ahora que estoy vieja entiendo su cansancio, ella ya tenía hecha su vida, ya no estaba joven, aunque todavía iba a las compras a la feria.

—¿Iba ella a la feria? —pregunto sorprendida, pues mi recuerdo sólo la trae vestida de duelo perpetuo caminando hacia el Girón a la misa.

—Ella iba a hacer las compras para mandar a Manta, donde la Gulanara, las legumbres, la carne, los quesos, las papas, los granos y cereales, todos aquellos alimentos que no conseguían en Manta. Mandaba cada semana por avión, en Área, un canasto grande de carrizo lleno de comida.

En ese instante recuerdo los canastos que llegaban a la casa de Manta pulcramente tapados con una tela blanca cocida al borde con hilo de Chillo, la dirección escrita con tinta y canutero sobre la tela blanca con la excelente letra que tenía el Tomasito. Esos canastos traían los sabores serranos que configuran parte mi identidad, el de los choclos tiernos, las habas tiernas que me encantaban y el de los mellocos y el arroz de cebada de los lunes que tanto me disgustaban.

El Quito de entonces y el Quito de ahora

Sus recuerdos sobre el retorno a Quito le devuelven una imagen de la ciudad que dejó y la que ahora vive.

—Hace 50 años Quito era una ciudad segura, tú podías salir a cualquier hora, regresar a cualquier hora, nunca tenías recelo ni miedo porque no había los asaltos, los robos que ahora hay. Ahora sientes mucho más inseguridad sobre todo para nosotros gente de edad. Desde que trataron de robarnos mientras caminábamos Hugo y yo por la calle, no he vuelto a caminar pues tengo miedo de que me den un golpe. Esa misma seguridad sentía cuando los hijos eran chicos, podían salir, jugar en el barrio. Antes la vida era mucho más tranquila, ahora es mucho más intensa. La gente tenía más tiempo para visitarse, para descansar. Ahora Quito se ha calentado, antes hacía más frío, antes las estaciones eran más marcadas, cuando una iba al colegio llovía y llovía y llovía, íbamos con unos zapatos altos, con paraguas. El centro de ahora es una belleza, Santo Domingo es otra cosa. Antes todo era una suciedad y un descuido. Cuando iba a Los Corazones, en todo el portal estaban las cajoneras que vendían los ovillos de lana, los botones, en la entrada del Colegio; los almacenes eran diminutos, las casas viejas. Ahora es otra cosa.

Las mujeres de antes y las de ahora

—Todos los días agradezco a Dios por lo que tengo, todos los domingos vamos a misa con Hugo, agradezco por mis hijos que son sanos del organismo, sanos de mente, son bien formados, todos profesionales. Valió la pena que me dedicara a ellos y diera todo por ellos, por eso estoy contenta. Desde que eran chiquitos me sentaba con ellos en esa mesa redonda rosada, que debes recordar, a hacer los deberes. Cuando hago el balance de mi vida creo que me fue bien. No tengo problemas económicos, puedo ver la televisión desde mi cama, Hugo acaba de comprar uno de plasma, un DVD, la María Sarita, la cocinera, está conmigo 34 años, ¡figúrate! desde que volvimos de República Dominicana, la otra empleada limpia la casa, estoy tranquila, no tengo deudas, tengo este gran jardín que tanto me gusta, voy a los juegos de cartas los miércoles ... Ahora que las mujeres trabajan y que contribuyen a la economía del hogar no tienen ni

siquiera una aguja para pegar un botón, tener una máquina de coser, ¡absurdo! Ahora mandan a hacer hasta un dobladillo. Aparte de eso exigen: "¡Ah! que no me saca a la fiesta, ¡ah! que no me lleva al restaurante". Lo mismo dicen las mujeres que tienen una buena situación económica como las que no tienen. Ayer le oí decir al chófer: "Mi mujer no puede hacer nada porque está en cinta". Yo le dije: "Dirasle que camine porque si no se va a fregar el rato de dar a luz". A nosotras nos tocaba llevar a los chicos donde el doctor a los chequeos, a ponerles las vacunas, nuestros maridos no sabían cómo se ponía el chupón en la mamadera, cambiar un pañal, ¡imposible! No se levantaban en la noche cuando los guaguas lloraban, los maridos no sabían lo que pasaba con sus hijos diariamente, había que servirles hasta el agua. Yo, con la barriga enorme, planchaba las camisas de Hugo, cuando se enfermaba la empleada me tocaba hacer todo a mí, me levantaba a preparar los desayunos. Ahora los hombres lidian a los guaguas, hacen las compras, cocinan, porque ahora las mujeres trabajan. Antes éramos empleadas, éramos señoras de, éramos mamás. Quizás lo que más me impresiona es la poca influencia que tienen los papás sobre los hijos, ahora hacen lo que quieren, dicen "es mi vida", cuando se casan dicen: "si me va mal me separo". Todo esto me impacta mucho. ¿Qué está pasando? No puedo entender. Puede ser que en parte esto sea bueno para los chicos, que ellos puedan elegir lo que más les conviene, pero también muchos salen muy golpeados. Este cambio en la autoridad del padre, de la madre, las libertades sexuales de las chicas, claro que una tiene que admitir porque es lo común.

¡Qué descripción tan precisa, corta y clara del modelo de la familia patriarcal y de su ocaso! —pienso entre mí.

Mezcla de colores

Solo al final de nuestras conversaciones aflora en su narración lo que se venía anunciando desde el principio, emerge desde un lugar muy íntimo, esa parte secreta, mágica, libre, de su identidad.

—Algo que me hubiera gustado hacer y que no pude hacer es aprender a pintar.

Me sobrecoge el tono de su voz, el brillo y la profundidad de su mirada.

—Sí, me habría gustado mucho aprender a pintar, pero nunca nadie me estimuló. Por eso me gusta tanto bordar, siento que cuando bordo pinto con hilos, eso me encanta, lo aprendí en el colegio, ahí nos enseñaban el punto de cruz, el punto de ojal, el punto atrás, el ojo de pollo, nos enseñaban a hacer las florcitas, a tejer.

—Sus bordados parecen pinturas, —digo recordando esos pequeños trozos de tela bordados con paisajes antiguos, con mujeres vistiendo trajes largos, con elaborados peinados, portando sombrillas, paseando en parques, rodeadas de árboles, de flores, unas verdaderas obras de arte. Esos paisajes con texturas, volumen, profundidad, sombras y luces logradas únicamente con hilos de colores. En medio de esos rígidos mandatos patriarcales, gracias a ese contacto profundo, íntimo que mantiene con el mundo natural que la rodea, su trabajo diario en un trozo de jardín en medio de una ciudad bulliciosa y contaminada, el brote de una planta, la floración se transforman en bellos bordados.

Vuelvo a casa a releer *El hilo de Penélope. La labor de las mujeres que tejen el futuro de Marruecos*, ese libro de Fatema Mernissi en el cual ella valora el tejido y el bordado de las mujeres, no sólo como actos creativos, como arte, sino como actos políticos, al tiempo que nos recuerda que tejer y bordar, dos gestos eminentemente femeninos, dice, no tienen nada de inocente. Desde la antigüedad, las mujeres se han expresado a través de los bordados y tejidos, son otros lenguajes, son pictografías, quizás talismanes, tal vez jeroglíficos, con seguridad maneras de abrirle el paso a una sensibilidad que solo comienza a ser reconocida hace muy poco. La palabra "texto", dice Mernissi citando a Jatibí (2005, 90) "designaba en su origen una pieza de tela cuya trama asumió el sentido de concatenación narrativa".

Luego de releerla pensé que probablemente mientras la Negrita teje sostiene con ese hilo junto a sí, ligados al terruño del que ella no se desprendió mientras estuvo en el extranjero, a la mitad de los suyos, a sus hijos y nietos que viven lejos y que hablan otras lenguas.

Buena parte de la vida de muchas feministas de nuestra generación, de las más curiosas, osadas y rebeldes, ha consistido en derribar los límites impuestos a nuestro género cruzando fronteras, geográficas, sociales, culturales, simbólicas, tratando de liberarnos de un orden que nos ata. Transcurridas varias décadas de un caminar agitado, impaciente, de las alegrías y tristezas encontradas durante la marcha, de las pérdidas y ganancias, algunas

constatamos que, como dice Ruth Behar (1993, 320), hemos cruzamos las fronteras pero no las hemos borrado, las llevamos con nosotras.

Recordar me ha permitido comenzar a comprender de dónde viene mi afición, no a mezclar alimentos que fue por donde este estudio comenzó, sino a mezclar hilos para tejer alfombras. Lo demás tendré que irlo a descifrar en la costa junto al mar y esa es otra historia.



▲ Carro alegórico de las *Girls Scout* en desfile en Quito, 1937.



▲ Formación de las *Girls Scout*, Quito, 1937.





▲ Las tres hermanas Sánchez Caamaño: Carmen, Aída y Gulnara, 1940.

◀ Carmen en un paseo por la sierra de Ecuador, 1939.





▲ En la terraza de la casa de la Av. Colombia. Hugo Jarrín, esposo de Carmen, sus sobrinos Patricio y Marcelo Fernández Sánchez, su hermana Gulnara y Carmen, circa 1945.

◀ Las tres hermanas Sánchez Caamaño: Aída con su hijo Patricio Fernández, Carmen y Gulnara, Quito, 1945.



▲ En la casa de sus amigas Calderón Viteri, en la calle Guayaquil y Galápagos. Desde la izquierda: Fanny Calderón, Carmen, Beatriz Calderón, Aída Sánchez y Gulnara Sánchez, Quito, circa 1945.



▲ En la galería de casa de la Av. Colombia. Carmen, Elisa Caamaño, madre de Carmen, su hermana Aída y sus tíos paternos, Tomasito y Juan de la Cruz Sánchez, Quito, 1953.





▲ Hugo y Carmen el día de su boda en la entrada de la casa de Av. Colombia, Quito, 1946

◀ Carmen vestida de novia. Hugo y Carmen el día de su boda, Quito, 1946.



▲ En el hotel Villa Hilda, 1946.

► Carmen en los alrededores de Baños, 1946.







▲ En la galería de la casa de la Av. Colombia, Rafael María Sánchez, padre de Carmen, con su nieta María Cuví, y su hija Gulnara con su sobrino, Diego Jarrín. Quito, 1948.

◀ Carmen con Diego, su primer hijo, 1948





▲ Juego de barajas en la sala de la casa de la Av. Colombia. De izquierda a derecha:
Vina Montero, Aída, Morena Mantilla, una amiga, y Carmen, 1955.

◀ Carmen en la galería de la casa de la Av. Colombia.





▲ Reunión familiar con su esposo Hugo, sus hijos, hija y amigas,
en la casa de San Juan, Argentina 1965.

◀ Carmen en su casa de San Juan, Argentina, 1965.





▲ Carmen con su esposo, Hugo, sus hijos, su hija, sus nueras, su nietos y nietas, 1985.

◀ Retratos de sus cuatro hijos y de su hija: Javier, María Soledad, Alejandro, Mauricio y Diego.



▲ María Cuvi, Carmen y María Soledad Jarrín, mayo de 2009.

► Retrato de Carmen, mayo de 2009.





▲ Carmen y su colección de fotos en el dormitorio de su casa, mayo de 2009.

► Retrato de Carmen, mayo de 2009.



[illegible]

le harina
de azúcar
en batidos
calientes que
ya en la
156) Tim
en

(74) Torta de Nuez

2 tazas de harina
 5 onzas de azúcar
 7 onzas de azúcar
 1 taza de nueces picado
 2 huevos
 1 taza de leche
 1 cucharadita de
 sal
 11 cucharadas de

[illegible]

1) Quilpa
 2) Wastes de
 3) Pablos
 4) Bellerio de
 5) Fajal de Ca
 6) Queique con
 7) Heladas de
 8) Galletas de
 9) Galletas de
 10) Choclatena
 11) Cane azu
 12) Rascon
 13) Galletas de
 14) Choclatena
 15) Cane azu
 16) Rascon
 17) Galletas de
 18) Choclatena
 19) Cane azu
 20) Rascon

...a la...
y el resto de ingredientes; retirar
y mezclar con la clara de huevo
a punto de nieve, formar una
masa con la manga de pasta y poner
a hornear.

Embolos de macarrones salsa Portuguesa

macarrones
salsa portuguesa
salsa blanca espesa

- 59 -
Indice
1) Galletas de agua y limón
2) Pan uenos fino
3) Tortitas de queso y Caramelo
4) Chocolate Spritz
5) Alfajores
6) Macarrones (Receta de Clara)
7) Galletas de agua y limón
8) Macarrones de agua y limón
9) Macarrones de agua y limón
10) Macarrones de agua y limón
11) Macarrones de agua y limón
12) Macarrones de agua y limón
13) Macarrones de agua y limón
14) Macarrones de agua y limón
15) Macarrones de agua y limón
16) Macarrones de agua y limón
17) Macarrones de agua y limón
18) Macarrones de agua y limón
19) Macarrones de agua y limón
20) Macarrones de agua y limón
21) Macarrones de agua y limón
22) Macarrones de agua y limón
23) Macarrones de agua y limón
24) Macarrones de agua y limón
25) Macarrones de agua y limón
26) Macarrones de agua y limón
27) Macarrones de agua y limón
28) Macarrones de agua y limón
29) Macarrones de agua y limón
30) Macarrones de agua y limón
31) Macarrones de agua y limón
32) Macarrones de agua y limón
33) Macarrones de agua y limón
34) Macarrones de agua y limón
35) Macarrones de agua y limón
36) Macarrones de agua y limón
37) Macarrones de agua y limón
38) Macarrones de agua y limón
39) Macarrones de agua y limón
40) Macarrones de agua y limón
41) Macarrones de agua y limón
42) Macarrones de agua y limón
43) Macarrones de agua y limón
44) Macarrones de agua y limón
45) Macarrones de agua y limón
46) Macarrones de agua y limón
47) Macarrones de agua y limón
48) Macarrones de agua y limón
49) Macarrones de agua y limón
50) Macarrones de agua y limón
51) Macarrones de agua y limón
52) Macarrones de agua y limón
53) Macarrones de agua y limón
54) Macarrones de agua y limón
55) Macarrones de agua y limón
56) Macarrones de agua y limón
57) Macarrones de agua y limón
58) Macarrones de agua y limón
59) Macarrones de agua y limón
60) Macarrones de agua y limón
61) Macarrones de agua y limón
62) Macarrones de agua y limón
63) Macarrones de agua y limón
64) Macarrones de agua y limón
65) Macarrones de agua y limón
66) Macarrones de agua y limón
67) Macarrones de agua y limón
68) Macarrones de agua y limón
69) Macarrones de agua y limón
70) Macarrones de agua y limón
71) Macarrones de agua y limón
72) Macarrones de agua y limón
73) Macarrones de agua y limón
74) Macarrones de agua y limón
75) Macarrones de agua y limón
76) Macarrones de agua y limón
77) Macarrones de agua y limón
78) Macarrones de agua y limón
79) Macarrones de agua y limón
80) Macarrones de agua y limón
81) Macarrones de agua y limón
82) Macarrones de agua y limón
83) Macarrones de agua y limón
84) Macarrones de agua y limón
85) Macarrones de agua y limón
86) Macarrones de agua y limón
87) Macarrones de agua y limón
88) Macarrones de agua y limón
89) Macarrones de agua y limón
90) Macarrones de agua y limón
91) Macarrones de agua y limón
92) Macarrones de agua y limón
93) Macarrones de agua y limón
94) Macarrones de agua y limón
95) Macarrones de agua y limón
96) Macarrones de agua y limón
97) Macarrones de agua y limón
98) Macarrones de agua y limón
99) Macarrones de agua y limón
100) Macarrones de agua y limón





▲ María Cui y Carmen revisando uno de los álbumes de fotos, mayo de 2009.

► Retrato de Carmen, mayo de 2009.

